

EL PAISAJE: UN TEXTO PARA LEER

Erika Tanács

The objective of this work is, first, to offer a general reflection on the production of the use of landscape as a constitutive component of social and political processes. Second, the work attempts to examine how and why social life, values, principles and criteria of a society or a community can be built, reinforced and even disputed through landscape. Finally the work analyzes the mechanisms of codification and transmission of this information, that, through physical forms, architectural elements or spatial dispositions, are able to translate the explicit knowledge from one form of expression to another.

INTRODUCCIÓN

El espacio físico, en la medida en que es apropiado por el hombre y transformado en su beneficio, se torna en espacio histórico. En este proceso la ciudad siempre ha sido una constante que ha persistido a través de los siglos, una parte inherente de casi todas las culturas y, por definición, característica de toda civilización. La urbe, entonces, se puede caracterizar por su continuidad y recurrencia como fenómeno social; por su omnipresencia a través de los tiempos y de las sociedades; por su carácter

congregador de seres humanos y de poderes; por su capacidad ordenadora de un territorio y por su potencial para dar forma a diferentes cosmogonías o sistemas de pensamiento. La ciudad, en última instancia, constituye un nudo de relaciones sociales que al espacializarse dan forma a un lugar humanamente construido donde los sistemas sociales se convertirán en estratos de civilización, legibles en los edificios, calles, plazas, casas, templos, monumentos y otros elementos que dan testimonio de las muchas vidas presentes en una sola ciudad¹.

1 Germán Mejía, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, Bogotá: CEJA, 2000, págs. 15-17.

La ciudad, pues, siempre ha tenido una importancia singular en la espacialización de las relaciones sociales. Sin embargo, no solamente ella juega papel importante en este proceso. Campo, región, país igualmente son categorías espaciales que entran en relación con los sistemas sociales que las engloban y les dan significado concreto, y que igualmente pueden representar estas relaciones. Por consiguiente, para examinar la relación que existe entre un espacio y los sistemas sociales y culturales, en el presente trabajo no centraremos nuestro interés exclusivamente en la ciudad, sino tendremos en cuenta los otros elementos espaciales también. Por consiguiente, consideramos que en el presente análisis es más pertinente utilizar el término *paisaje* puesto que eso designa precisamente la relación que nos interesa, es decir, la relación que se establece entre la naturaleza (espacio físico) en que está inmerso un lugar y el lugar en cuanto construido por el hombre².

Un sistema social no puede existir sin espacializarse, sin fijar sobre la materialidad de un lugar los valores, jerarquías, instituciones e intercambios a que da lugar. Todo ordenamiento tiende a traducir sobre el espacio, a través de diversos signos, los principales elementos de la ideología que lo fundamenta. Lo que se ve, entonces, no es una realidad dada objetivamente sino un campo epistemológico que se construye tanto lingüística como visualmente. Así el paisaje tampoco es inocente, no acepta ser

reducido a un simple reflejo de espejo de las relaciones sociales que toman lugar en su seno. Por lo contrario, como elemento cultural, el paisaje siempre está construido socialmente, es decir, según las necesidades y los intereses particulares de la sociedad o de la comunidad dada que lo habita. El paisaje es el producto de un orden social, un producto que tiene una finalidad muy concreta. Además de representar y mediar conceptos, valores y criterios ante los miembros de una sociedad o de una comunidad, tiene el objetivo de reproducir o reforzar esos mismos valores. El paisaje, entonces, está utilizado por la sociedad o la comunidad para transmitir informaciones con el fin de generar situaciones a través de las cuales se aprendan y se interioricen los valores y los principios de la misma comunidad o sociedad. Así, en última instancia, el paisaje se considera como un elemento importante de los procesos políticos, sociales y culturales, un elemento que en gran medida contribuye a la construcción y la reproducción de los mismos³.

Partiendo de lo arriba planteado, el objetivo del presente trabajo, es en primer lugar, ofrecer una reflexión general sobre la producción y del uso del paisaje como componente constitutivo de los procesos sociales y políticos. Se interna en segundo lugar, examinar cómo y por qué la vida social, los valores, los principios y los criterios de una sociedad o una comunidad se pueden construir, reforzar, aun disputar mediante el paisaje; y en ter-

2 La definición del paisaje la tomamos prestada de Germán Mejía. Véase Mejía, *Los años del cambio*, pág. 134.

3 James Duncan, *The City as text: The politics of landscape interpretation in the kandyian kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, págs. 5-7

cer lugar, analizar los mecanismos de codificación y transmisión de estas informaciones, que, a través de formas físicas, elementos arquitectónicos o disposiciones espaciales, logran traducir los conocimientos explícitos de una forma de expresión a otra. En una palabra, pues, se trata de destacar algunos aspectos teóricos que, quizás, pueden proporcionar algunos aportes a la interpretación del paisaje a través de resaltar la posibilidad de leerlo como a un texto escrito en el espacio.

PEDAGOGÍA Y PAISAJE

Para poder entender cómo y por qué puede funcionar el paisaje como elemento constitutivo de los procesos sociales, políticos y culturales, por primero se necesita analizar ciertos problemas, tales como la naturaleza de la objetivación, la representación, la conciencia, los implícitos, el aprendizaje y la relación entre estos aspectos de un sistema cultural. Estos elementos se vuelven muy importantes a la hora de intentar interpretar un paisaje puesto que están estrechamente relacionados con los diferentes papeles que el paisaje pueda desempeñar en los procesos mencionados. Sin embargo, para una mejor comprensión de tales aspectos, es imprescindible que se establezca un diálogo con aquellas disciplinas (entre otras, por ejemplo, con la psicología, la antropología, la etnohistoria, la historia cultural, o la crítica literaria) que estudien más profundamente estos temas.

Las disciplinas mencionadas consideran al individuo en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece. Afirman que todos los valores, principios, criterios y herramientas conceptuales que maneja este individuo se generan fuera de él y le son impuestos por la autoridad de un poder externo a través de conocimientos explícitos e implícitos, mediados por textos escritos u orales o por representaciones materiales y visuales. Tales conocimientos, conceptos, ideas y valores, sin embargo, no pueden ser considerados como simples huéspedes de estos textos (escritos, orales, materiales) como si éstos fueran recipientes neutros, o sea, como si fueran la expresión transparente de una realidad exterior o de un sentido dado previamente. Por contrario, es necesario reconocer los efectos de sentido implicados por las formas, es decir, reconocer que es en el funcionamiento mismo de estos sistemas de representaciones, en sus figuras y sus acuerdos, cómo la significación se construye y la realidad se produce. Los sistemas de representaciones, todas las obras y creaciones inscriben, entonces, en sus formas y sus temas una relación con las estructuras fundamentales que, en un momento y en un lugar dados, organizan y singularizan la distribución del poder, la organización de la sociedad o la economía de la personalidad. De esta manera, los esquemas que generan estas representaciones, deben ser considerados, al mismo tiempo, como productores de lo social⁴.

4 Roger Chartier, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992, págs. IV-IX.

Pierre Bourdieu utiliza la palabra *habitus* para denominar a estos esquemas o sistemas culturalmente estandarizados de valores, criterios y motivos, sea de individuos o de grupos, y los describe como "estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones"⁵. Afirmar que todas las obras y prácticas son productos de un *habitus* y, a la vez, de un cálculo estratégico para generar o reforzar este *habitus*. Para cada sociedad o comunidad es importante asegurar que sus valores y principios se incorporen a la estructura del carácter de sus miembros así, para tal efecto, aprovechan cualquier instrumento que les pueda servir, es decir, que pueda generar conocimientos explícitos e implícitos a través de los cuales se aprendan y se interioricen tales valores y criterios. Para la formación de los nuevos miembros de un grupo o de una comunidad, las obras, prácticas, representaciones materiales y visuales sirven de pedagogía implícita para ordenar los pensamientos y sugerir los sentimientos conforme al *habitus* de esta comunidad. Las acciones, las ceremonias, los espacios, el mundo de objetos, el cuerpo y los usos que hacen de él, las maneras corporales y verbales, todos son materiales propuestos para el aprendizaje por simple familiarización, situado fuera de las tomas de conciencia y de lo explícito, en el cual el individuo adquiere implícitamente los principios del arte de vivir⁶.

Es este contexto que puede iluminar mejor la importancia del paisaje como uno de los elementos centrales de un sistema cultural dado, a través del cual se comunica, se refuerza, se experimenta y se explora un orden social. El espacio físico, durante el proceso mediante el cual el hombre se apodera de él, y a través de las ordenaciones y disposiciones que reglamentan la posición, la colocación y las características de los objetos, los edificios, las actividades y las personas, se convierte en paisaje, es decir, en un espacio simbólicamente estructurado, en una especie de libro donde todas las cosas hablan metafóricamente de todas las demás, un libro que se lee con todo el cuerpo, en y por los movimientos y los desplazamientos que trazan el espacio de los objetos a la vez que son trazados por él. Un espacio así, según Bourdieu, es el lugar privilegiado para la objetivación de los principios generadores por medio de las divisiones entre las cosas, entre las personas y entre las prácticas⁷. El paisaje, entonces, en última instancia, se puede caracterizar por ser, a la vez, estructurado y estructurante, es decir, por ser la representación construida de los criterios de un orden social y, a la vez, una herramienta poderosa para reproducir los mismos criterios.

DISCURSOS, IDEOLOGÍAS, PAISAJES

En el capítulo anterior se examinó la razón de por qué constituye el paisaje un

5 Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Madrid, 1991, pág. 92.

6 Bourdieu, *El sentido práctico*, págs. 118-126.

elemento importante en la construcción y la reproducción de los sistemas de valores, o sea, del *habitus* de una sociedad o comunidad dada. Quedó asentado que el paisaje, entre otras obras, creaciones y representaciones materiales, está utilizado como instrumento pedagógico para generar conocimientos implícitos que respalden a los conocimientos recibidos explícitamente, con el fin de ayudar a los miembros de la comunidad o de la sociedad a aprender e interiorizar los mismos principios y criterios. Sin embargo, como adelante veremos, el paisaje no sólo desempeña este papel de ser instrumento pedagógico, sino, en esta función, actúa como una poderosa herramienta ideológica *par excellence*.

Las obras y las representaciones nunca tienen un sentido estable, universal, fijo; por contrario, siempre es posible hacer múltiples lecturas partiendo de las mismas creaciones. Estas obras siempre están investidas de significaciones plurales y móviles, construidas en el reencuentro entre una proposición y una recepción, entre las formas y los motivos que les dan su estructura y las competencias y expectativas de los públicos que se adueñan de ellas. La recepción, entonces, inventa, desplaza, o distorsiona la lectura "oficial", o sea, la interpretación correcta que, según la intención de los creadores, debería constreñir la lectura (o la mirada). En una palabra, pues, siempre existen otros intereses, otras ex-

pectativas que pretenden proporcionar diferentes lecturas de las mismas creaciones⁸.

Como resultado de estas competencias y luchas de poder, dentro de la esfera cultural se generan discursos competitivos alrededor de las creaciones y sus significados, que se construyen por las necesidades particulares de los diferentes grupos de interés, o sea, de instituciones existentes en una sociedad. Estos discursos se componen de una serie de textos políticos, culturales o religiosos, y, a la vez, se prestan para formar campos discursivos alrededor de conceptos centrales que desempeñan un papel organizativo en la vida social y política. Estos discursos no sólo se transmiten en forma escrita u oral, sino, como vimos, también se producen diferentes representaciones materiales según los intereses, valores y criterios (expresados explícitamente en los discursos) de los diferentes grupos o comunidades. En este sentido, pues, se puede hablar del discurso de una pintura, de un edificio, o de un paisaje⁹.

Campos discursivos, intereses particulares, relaciones de poder, luchas políticas, todos estos conceptos están estrechamente relacionados con la ideología. Las creaciones ideológicas, que siempre constituyen interpretaciones interesadas, ya no sirven simplemente de instrumentos para construir y reproducir un orden social, sino están destinadas, a su vez, a contro-

7 Bourdieu, *El sentido práctico*, pág. 131.

8 Chartier, *El mundo como representación*, pág. IX.

9 Duncan, *The city as text*, pág. 16.

lar y a dominar la realidad. Cada ideología tiene sus propios modelos de discursos y de representaciones a los que favorece, y a los que intenta convertir en hegemónicos en cuanto llegue a posición dominante. No sólo se pretende, entonces, determinar las lecturas correctas o proporcionar nuevas lecturas de las creaciones y obras ya existentes, sino se trata de imponer las propias representaciones en todas las áreas de la vida social.

Como una forma de representación, cada ideología tiene su propio modelo de paisaje también mediante el cual pretende traducir sus conceptos y criterios, a través de edificios, monumentos, otros tipos de construcciones y disposiciones espaciales, sobre la materialidad de un lugar. De esta manera, el paisaje se puede convertir en la arena de las luchas ideológicas, o sea, las luchas de poder, y así puede servir para disputar, impugnar o desafiar los elementos ideológicos dominantes. En la medida en que la longevidad del espacio construido es mayor que la de los sistemas ideológicos, también es posible que sobre un mismo lugar confluyan dos o más de dichos sistemas. La materialización de diversos discursos sobre un mismo lugar, entonces, permite tanto la lectura de su sucesividad como la del tránsito que se opera de uno y otro¹⁰.

El paisaje, en este sentido, se nos ofrece como una fuente muy valiosa para examinar no sólo las manifestaciones de los discursos ideológicos en el espacio, enriqueciendo así el estudio de la estructura

de los sistemas de pensamiento, sino para analizar los cambios sociales, políticos y culturales a través de explorar la aparición, la desaparición o la convivencia de determinadas representaciones ideológicas en el paisaje.

LA RETÓRICA DEL PAISAJE

Ya vimos la complejidad de las relaciones que se establecen entre discursos, ideologías, representaciones y prácticas. También vimos cómo el paisaje está utilizado para fines ideológicos y, aún más, cómo se convierte en un sitio privilegiado para espacializar las luchas de poder entre los diferentes sistemas ideológicos. Sin embargo, todavía falta preguntar cómo funciona el paisaje como instrumento ideológico, es decir, cómo puede ejercer la influencia deseada sobre las mentes de los miembros de una sociedad. Esta cuestión se dirige a interrogar a los mecanismos a través de los cuales el paisaje codifica y transmite las informaciones y los conocimientos adecuados; en una palabra, pues, a examinar los modos cómo estos conocimientos explícitos se traducen en representaciones objetivadas en el paisaje.

Para poder responder a tales interrogantes, tomamos como punto de partida el libro de James Duncan (1990) puesto que el autor, a través del análisis concreto de la organización política de Sri Lanka y de las manifestaciones de esta organización en el paisaje, proporciona las

10 Mejía, *Los años del cambio*, pág. 195.

técnicas y los instrumentos necesarios para poder decodificar el mensaje de este paisaje, y así nos presenta una metodología muy valiosa para la interpretación de paisaje.

Duncan nos llama la atención sobre la importancia de entender el significado del paisaje, es decir, entender qué es lo que el paisaje significa para aquellos que lo producen, reproducen o transforman. Para lograr este objetivo, según Duncan, hay que revisar una amplia gama de textos escritos que estén relacionados con el paisaje o, más generalmente, con las creencias políticas y religiosas de la sociedad dada. En primer lugar, entonces, hay que revisar los textos locales, es decir, los textos que se construyen dentro del sistema cultural del orden social dado. En segundo lugar, es necesario extender esta revisión documental a los textos "extranjeros", es decir, a los textos que se producen fuera del sistema cultural en cuestión. El análisis de estos textos no-locales es indispensable puesto que ofrece otra perspectiva, o sea, otra lectura, para examinar las construcciones del paisaje que a los miembros de la comunidad local puedan parecer naturales y obvias¹¹.

Duncan destaca que una de las características más importantes del paisaje es precisamente esta capacidad de hacer naturales e inevitables las creaciones evidentemente culturales. El paisaje, llegando a ser parte de lo cotidiano, lo natural, lo obvio, tiene el potencial de convencer a los espectadores locales que viven y tra-

bajan en él, de que su estructura y sus construcciones están ordenadas naturalmente, o, mejor, divinamente. El autor afirma que son esta capacidad especial y este potencial lo que le permiten al paisaje que se convierta en un poderoso instrumento ideológico. La ideología, pues, para evitar que se ponga en tela de juicio la legitimidad y la infalibilidad de sus conceptos y valores, hace todo lo posible para que sus obras, creaciones y representaciones aparezcan ante los individuos como si fueran obvias, inevitables y dadas desde siempre. Y, para tal efecto, la utilización del paisaje resulta ser muy fructífera¹².

Para poder entender mejor y poder decodificar las influencias ideológicas en el paisaje, que se ejercen a través de la "naturalización" y la "cotidianización" de las creaciones culturales, hay que tener en cuenta, las sugerencias de James Duncan. El doble análisis, recomendado por él, es decir, la yuxtaposición o la confrontación de los textos locales y no-locales puede, entonces, ayudar a descubrir estos elementos ideológicos que se esconden detrás de las prácticas y obras más cotidianas, más naturales y, al parecer, más inocentes.

Sin embargo, el paisaje, al lado de la objetivación, también utiliza otros mecanismos para codificar y transmitir las informaciones y conocimientos adecuados para construir, reproducir o desafiar un orden social. El paisaje actúa como un sistema de comunicación que, a tra-

11 Duncan, *The city as text*, pág. 18.

12 Duncan, *The City as text*, pág. 19.

vés del vocabulario de varias formas convencionales, tales como signos, símbolos, íconos y tropos, inculca en las mentes de los miembros de la comunidad o de la sociedad un sentido de normalidad y legitimidad del orden dominante. El paisaje, por medio de alegorías, metonimias, sinédoques o símiles, nos cuenta las historias, moralmente cargadas, de sus creadores, las relaciones sociales dentro de su comunidad o sus relaciones con un orden divino. En este sentido, pues, los elementos arquitectuales y las localizaciones espaciales funcionan como tropos que alegóricamente representan los discursos, y, como tales, brindan apoyo conceptual al proceso de legitimar o desafiar la estructura política de la sociedad. Otra figura muy importante y bastante útil consiste en un sistema estratégico de repeticiones permanentes, que, aplicando en el paisaje, tiene la finalidad de asegurar la recepción óptima del mensaje¹³.

El paisaje, pues, a través de estas formas figurativas, tomadas prestado de los textos literarios, logra traducir las creencias culturales y discursos ideológicos en motivos visibles del espacio, logra exteriorizar lo que hasta entonces ha sido una visión interna y, de esta manera, ayuda a determinar, controlar y reforzar la interpretación de esta visión.

CONCLUSIONES

En las páginas anteriores hemos tratado de dar algunas reflexiones generales sobre el paisaje con el fin de contribuir a

una mejor comprensión de su significado y a encontrar un método más apropiado para su interpretación. Hemos argumentado que para lograr este objetivo se necesita establecer un diálogo con aquellas disciplinas (entre otras, por ejemplo, con la psicología, la antropología, la etnohistoria, la historia cultural, o la crítica literaria) que estudien más profundamente temas como la naturaleza de la objetivación, la representación, la conciencia, los implícitos y la relación entre estos aspectos de un sistema cultural, puesto que estos problemas se vuelven centrales a la hora de intentar leer un paisaje.

De esta manera, en base de elementos teóricos de historia urbana, de historia cultural y de geografía cultural, examinamos, en primer lugar, la razón de por qué constituye el paisaje un elemento importante en la construcción y la reproducción de los sistemas de valores, o sea, del *habitus* de una sociedad o comunidad dada. Quedó asentado, como resultado de este examen, que el paisaje, entre otras obras, creaciones y representaciones materiales, está utilizado como instrumento pedagógico para generar conocimientos implícitos que respalden a los conocimientos recibidos explícitamente, con el fin de ayudar a los miembros de la comunidad o de la sociedad a aprender e interiorizar los dichos principios y criterios. A continuación, analizamos la relación entre discursos, ideologías y representaciones, y demostramos que el paisaje no sólo es un instrumento pedagógico, sino, en esta función, constituye una po-

13 Duncan, *The City as text*, págs. 20-22.

derosa herramienta ideológica *par excellence*. Y en fin, para entender cómo funciona el paisaje, es decir, cómo ejerce su influencia sobre las mentes de los miembros de una sociedad, examinamos los mecanismos a través de los cuales el paisaje codifica y transmite las informaciones y los conocimientos adecuados, y a través de los cuales éstos se traducen en representaciones objetivadas en el paisaje.

Todas estas observaciones sobre las características y el funcionamiento del paisaje tenían el objetivo final de dar a entender que el paisaje constituye un texto escrito en los edificios, construcciones y disposiciones espaciales, y como tal, se convierte en una fuente valiosa para cualquier investigación científica que esté interesada en analizar los procesos políticos, sociales y culturales.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, Pierre, *El sentido práctico*, Madrid, 1991.
CHARTIER, Roger, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992.
DUNCAN, James, *The City as Text: The Politics of Landscape Interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge, 1990.
MEJÍA, Germán R., *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, Bogotá, CEJA, 2000.

